

composición, poses, fondos y primeros planos. Los exteriores de Medellín, la catedral en construcción y algunos interiores, han sido convertidos, por el paso del tiempo y la destrucción del progreso, en documentos invaluable que conservan el rostro de una ciudad que ya desapareció. El tranvía de Buenos Aires, las vistas de la avenida La Playa o el Parque de Berrío no compiten todavía en calidad estética con los retratos, pero son el vivo testimonio de lo ahora inexistente.

Melitón Rodríguez no merece sólo un libro, sino varios. Su obra ha sido exhibida en el prestigioso Foto Fest y figura en las historias de la fotografía en Colombia y América Latina. Se podrían publicar varias series de temas monográficos: retratos, vistas de la ciudad, interiores, pueblos. Puesto que el fotógrafo llevó un diario, parte del cual se conserva todavía, podría considerarse su inclusión en alguno de los tomos, ya que se trata de un documento único en su género en la fotografía colombiana.

El reconocimiento internacional al fotógrafo peruano Martín Chambi (1891-1973), quien literalmente reveló el alma de las gentes de Cuzco, es una demostración de que las fotografías de Melitón Rodríguez merecen por derecho propio una posición similar en el ámbito latinoamericano y europeo. A la Biblioteca Pública Piloto le queda la tarea de difundir la obra de uno de los más importantes maestros de la cámara en esta parte de América.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

## Homogeneizadora Fotográfica Latinoamericana S. A.

### Fotografía latinoamericana 3

Asfoto, Publicaciones Cultural, Santafé de Bogotá, 1995, 175 págs., ilus.

Un jurado compuesto por la pintora Maripaz Jaramillo, los curadores Noris Lazzarini y Eduardo Serrano, el publi-

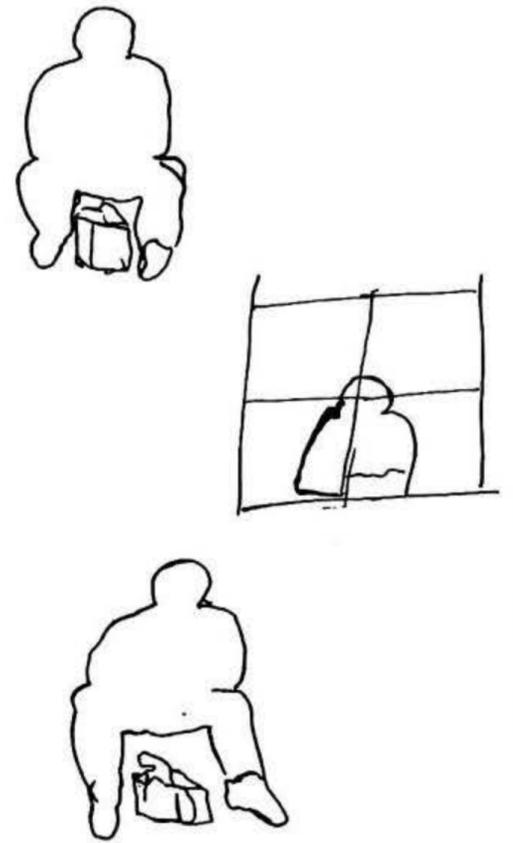
cista Claudio Arango y los fotógrafos Germán Téllez, Paolo Gasparini y Antonio Romo fue el encargado de juzgar el tercer concurso fotográfico de Asfoto. Concurrieron 258 obras de fotógrafos aficionados y 734 de fotógrafos profesionales de distintos países de la región, entre las cuales eligieron 238, que aparecen en el libro, y premiaron 20 con la estatuilla Atenea Fotográfica.

Las estadísticas muestran la magnitud del esfuerzo de los organizadores, que desde 1993 realizan este concurso que pretende recoger el estado del arte fotográfico en varios países latinoamericanos. Extraña la ausencia de representantes de México y Argentina, donde la fotografía contemporánea ha alcanzado niveles artísticos de renombre internacional. Al mismo tiempo, sorprende la amplia representación venezolana, tanto por su calidad como por la relativa similitud de sus propuestas, hasta el punto de que podría hablarse de una escuela venezolana.

Obras como las premiadas de Nelson Garrido y Jesús Ignacio Marín, así como la de Mauricio Donelli, comparten intereses "pictorialistas" y están evidentemente influenciadas por Joel-Peter Witkin. Recurren a la construcción escenográfica y a la representación de lo ominoso, con la diferencia de que guardan un gran respeto al negativo y a los procesos técnicos, mientras que Witkin emprende un verdadero combate feroz con los mismos, con el resultado de una imagen en que la delicadeza y los medios tonos alegan con las manchas, los rayones y toda clase de intervenciones, que agregan una rara y perturbadora pátina emotiva a la fotografía.

Las obras de estos fotógrafos venezolanos son una versión *light* del espanto que Witkin elabora sin compasión con el espectador. La iluminación rosa y violeta presente en piezas como *La crucifixión de Santa Liberata* de Garrido, así como las aureolas de neón, los pulidos y sensuales desnudos, sin duda le restan fuerza a lo ominoso que se pretende mostrar. Igual sucede con los colores sepías que entonan los gráciles cuerpos de *Las tres gracias* y *Divina creación* de Jesús Marín: los dulces matices merman los atributos de perturbación y extraño onirismo que por momentos poseen las imágenes.

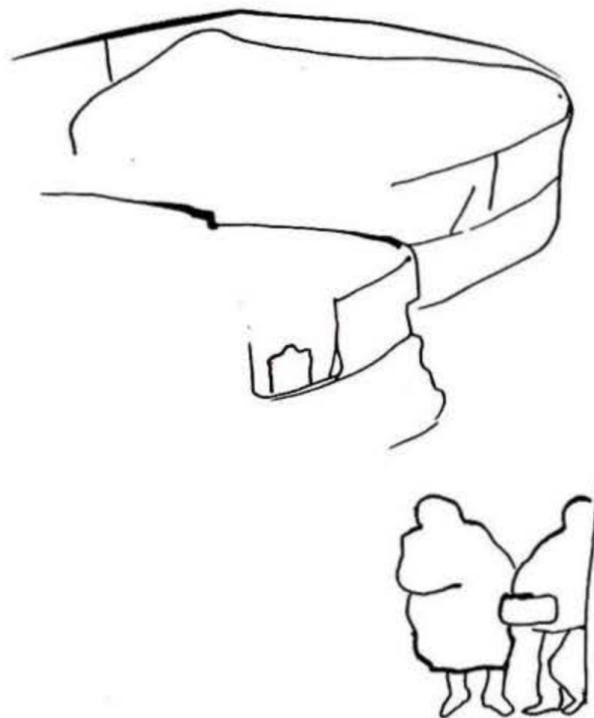
Con todo, estas fotografías, junto a otras de Vassil Anastosov y Gilma Suárez incluidas en la sección "arte", que están entre las más destacadas del libro, introducen al espectador en ámbitos desconocidos, aluden a oscuras ceremonias con resonancias religiosas y a relaciones inesperadas entre los elementos presentes en la imagen. Cumplen con una doble tarea: crear y hacer visible. La gramática utilizada merece una interrogación profunda por parte de sus autores, demasiado satisfechos con la suavización y cierta ligereza vana.



En los capítulos dedicados a "bodegones y naturaleza muerta" y "retratos" sobresalen de nuevo los participantes venezolanos. En el primer caso, Nelson Garrido se ocupa de cadáveres de animales en los que parece querer desentrañar lo indescifrable. Al final de la publicación se encuentra una selección de obras premiadas en distintos certámenes regionales. Resultan sobresalientes la serie de Mauricio Donelli *Retratos instantáneos*, premiada en Venezuela, como homenaje a distintos músicos latinoamericanos, así como la excelente secuencia de autorretratos de Eugenia Isabel Castaño, galardonada en la Segunda Bienal de la Joven Fotografía en Colombia, que ofrece una confrontación personal con la identidad y la imagen.

El libro, como los anteriores de la serie, abunda en lugares comunes y en la reiteración de dos estéticas: la de club

fotográfico y la de fotógrafos profesionales que practican el canon de vanguardia en la fotografía internacional. En las distintas secciones hay demasiadas fotos ya vistas y agotadas: ancianos arrugados, oficios callejeros, transeúntes de toda clase y condición, desnudos poco imaginativos que se colaron en el ceceo del jurado, así como los infalibles paisajes de postal y los atardeceres rojos, los bodegones exquisitos. En materia publicitaria y de modas se podría afirmar que las fotos carecen de autor o que todas parecen tomadas por el mismo. Esta tendencia a la homogeneización unida a un gran dominio técnico de los efectos especiales, de nuevo, resulta desalentadora porque fija el interés artístico primordialmente en los artificios y en la imitación.



En cambio, hay varios paisajes espléndidos concedidos por la naturaleza a algunos fotógrafos atentos, que no ceden a la tentación de otro ocaso rojizo a contraluz: *Sin título* de David Pinzón y *Después de las lluvias* de Alexander Hirtz destacan aspectos inéditos donde el color y las formas abstractas desempeñan un papel principal. Entre tantas fotos que repiten lo mismo y muestran de manera reiterada lo ya visto, de nuevo sobresalen, como en los libros anteriores, varias obras de aficionados que superan en muchos casos a las de los profesionales.

Tal vez al no tener un compromiso con el mercado fotográfico, algunos logran dar rienda suelta a la expresión personal de una manera más imaginativa, así se trate sólo de un golpe de

suerte. Justamente la foto titulada *Otro punto de vista* de María Cristina Patiño se utilizó para la cubierta. Parece que existe un factor común en los participantes aficionados elegidos: son de Medellín. Entre ellos cabe mencionar a Carlos H. Arango (*Sin título*), Juan Carlos León (*Entrada a finca*) y a Enrique Aguirre con *Hotel de la esperanza*, conmovedora secuencia de una habitación de hotel de mala muerte.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

## Mamá yo quiero saber de dónde son las orquestas

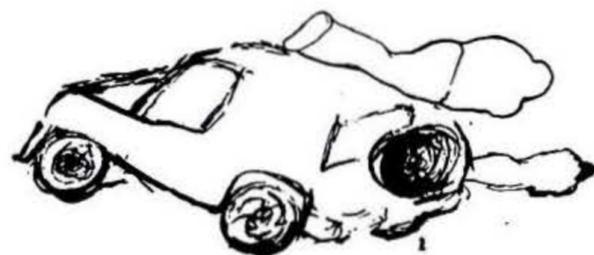
### Abran paso. Historia de las orquestas femeninas de Cali

Umberto Valverde, Rafael Quintero  
Centro Editorial Universidad del Valle,  
Cali, 1995, 137 págs.

Érase una noche cualquiera de 1971, cuando el movimiento estudiantil que tenía prendido al país: quien esto escribe entró en una cantina del barrio Obrero de Cali. Y allí, contribuyendo a la subversión que flotaba en el ambiente, estaban unas caleñas lindas y solas, tomando cerveza mientras sonaba *Canto a Borinquen* de Celina y Reutilio.

Quien esto escribe, costeño, recién llegado, pensó que unas mujeres solas en una cantina eran parte de una escena excepcional, de la revolución o la magia, como eran las cosas en aquel año tremendo; pero no, la vida, el Bar de William, Convergencia, le enseñaron que existía magia cotidiana, y que esto era parte de algo más significativo, del secreto más importante de ese experimento urbano que es Cali. ¿Por qué surgió allí esa especie de consulado caribe en el Pacífico? A la mujer caleña pertenece la explicación y el mérito: su libertad, heredera de la pequeña democracia cafetera y de la no tan pequeña anarquía negra, hizo que el centro del occidente colombiano se convirtiera en cliente de la sensibilidad caribe. Esa li-

bertad hizo que las noches caleñas se superpoblaron de mujeres dispuestas a elegir y ser elegidas, o si se prefiere, a seducir y ser seducidas, dando origen al más vigoroso mercado de espectáculos nocturnos del país; hizo también que las mujeres asumieran su cuerpo y que le rindieran culto al lenguaje del placer (y a la cultura del Caribe, hedonística por definición). La libertad de la mujer caleña hizo posible que todos los demás elementos sociohistóricos influyentes (medios de comunicación, flujos demográficos, etnicidad y demás) coincidieran para dar lugar a una ciudad donde se baila todos los días.



No puede sorprender, entonces, la aparición de un libro como *Abran paso*, de Umberto Valverde y Rafael Quintero, "historia de las orquestas femeninas de Cali", que rinde merecido homenaje a las columnas vertebrales de toda cultura. Antes estaban en mora de hacerlo. Se trata de una idea nacida muchos años atrás, entre canecas y amores, en esas interminables noches rumberas que comenzaban en cualquier parte y terminaban en cualquier otra, en las admoniciones de doña Blanca y la fina estampa de Saulo. Este sueño se concretó en un libro hermoso, con fotografías de Fernell Franco, cuando sus autores desde hace rato se han convertido en eminencias grises de la salsa caleña: Umberto, más narrador y cronista, y Rafael Omar, más ensayista y audiovisual, pero ambos tocados con la manía del buen sonido que se adquiría en La Barola marcando el compás sobre la mesa.

La obra tiene una secuencia histórica evidente, de Cuba hasta Cali. En sus comienzos presenta las grandes voces femeninas de otros tiempos: Rita Montaner, a quien los cubanos llamaban La Inmensa, tal vez la más grande de todas pero a quien los autores no valoran suficientemente; María Teresa Vera, de la trova tradicional; Paulina Álvarez, la emperatriz del danzonete;